

ELENA GALLEGO ABAD

*El legado
de la niña de la sal*

la esfera  de los libros

Adiós, mamá

El empleado de la funeraria se acercó a los familiares de Carmen. —Si quieren despedirse de la difunta, pueden pasar a la sala.

Lo último que pretendía Inés era ver a su madre en el interior del ataúd. Aun así, se dejó llevar por la inercia de aquel mal sueño en el que se había transformado su vida en las últimas semanas. Cuando pudo darse cuenta, estaba siguiendo los pasos de sus tres hermanos por el pasillo de acceso a las salas mortuorias.

Aroma a rosas muertas. Frío.

Los empleados de una floristería estaban arreglando las cintas de las coronas que rodeaban el túmulo. Unas gruesas cortinas ocultaban su vista desde la sala de velatorios.

—Disponen de unos minutos.

Inés se acercó al féretro.

La cubierta de vidrio reflejaba las luces frías del techo. Reconoció a su madre en los rasgos del cadáver, cubierto hasta la barbilla por un velo blanco.

Para aquel último viaje, Carmen no había querido llevar más vestido que un sencillo hábito de mercedaria y su escapulario. Esta había sido una de las últimas voluntades que les había dejado por escrito, junto con las ropas que, siempre previsora con las cosas de la muerte, había dispuesto en su armario de la casa familiar.

«Adiós, mamá».

Inés reprimió las lágrimas.

El rostro amado de su madre había perdido los colores.

—Parece dormida.

Francisco, uno de sus hermanos, se acercó al túmulo.

—Dormida y tranquila —convino.

—Por fin ha conseguido descansar en paz.

Un empleado de la funeraria, sigiloso, se acercó a los hermanos.

—¿Desean mantener el féretro abierto o prefieren que lo cubramos?

La pregunta sobresaltó a Inés. Alguien dijo algo de cerrar la caja.

La mujer, llevada por la inercia de aquella pesadilla, estuvo conforme.

—Sí, es mejor que los asistentes al velatorio recuerden a mamá en vida.

Discreto, el hombre del traje gris abandonó la habitación para que los familiares pudiesen despedirse de la difunta.

Inés se limpió las lágrimas.

«Adiós, mamá».

Le parecía mentira. Su madre no tenía que morir. Todavía no. Las madres deberían ser inmortales. Eternas. Pero allí estaba Carmen, en el interior de un ataúd.

Inés fijó la mirada en los rasgos del cadáver. De repente, al contemplar su rostro desprovisto de vida se percató de los muchos abrazos que les habían quedado pendientes, de toda la sabiduría que se iba con ella, de todas las preguntas que nunca le había formulado y ya quedarían sin respuesta.

«Adiós, mamá».

Muy despacio, como si de esta manera pudiesen retrasar lo inevitable, sus hermanos se acercaron al féretro de la madre y, cada uno a su manera, fueron despidiéndose de ella.

Inés acarició la lámina de cristal que protegía el ataúd y esperó. En cualquier momento, la mujer postrada en aquella cama fría abriría los ojos y pronunciaría su nombre. En cualquier momento...

Pero el postrer milagro no se produjo.

—Venga, tenemos que salir.

Sus hermanos abandonaban el recinto.

Inés ahogó el sollozo. Se había quedado huérfana.

Pero antes de dejar la sala, aún quiso dedicarle una última mirada. Se detuvo un instante, para grabar en la memoria cada rasgo,

cada arruga que la vida había ido esculpiendo en aquella piel que ya nunca volvería a besar.

La congoja la encogió en el abrigo. Apretó los puños y reparó entonces en la presencia del teléfono móvil en uno de sus bolsillos. Encargada de realizar y atender las llamadas de familiares y amigos, llevaba dos días sin sacárselo de encima. En la pantalla negra destacaban las huellas dactilares que revelaban el patrón de desbloqueo.

La mujer pulsó el aparato, activó la cámara, enfocó el objetivo, disparó.

—¡Inés!

Sobresaltada por la voz de Francisco, se volvió hacia la puerta temiendo que su hermano descubriese el crimen.

—¡Voy! —respondió, escondiendo el teléfono en la manga.

El empleado de la funeraria volvió a entrar en la sala, portando una pieza de madera que encajó sobre el ataúd.

Cubierta la caja, arregló las flores, descorrió las cortinas y el féretro quedó expuesto a las miradas de los asistentes.

Inés apretó el teléfono móvil y lo deslizó en el bolsillo.

«Adiós, mamá».

La promesa

«**N**unca debí prometérselo». Inés se recostó en su silla, incapaz de enfrentarse a aquella montaña de cuadernos atestados de anotaciones con la característica letra materna.

Solo ahora, meses después del entierro, se había atrevido a destapar la Caja de las Memorias, como sus hermanos habían bautizado al embalaje de cartón que mantenía abierto a escasos centímetros de su nariz.

En su interior habían ido depositando los cuadernos que, al hacer limpieza, habían ido encontrando en casa de sus padres, convertida en mausoleo de los recuerdos familiares desde la definitiva ausencia de ambos.

Nadie podía imaginarse que la madre había guardado cuadernos de anotaciones en el cajón del pan, cuadernos de recuerdos en el armario de la ropa, cuadernos de historias en la salita de estar, cuadernos de memorias en la mesilla...

«Nunca debí prometérselo», volvió a lamentar la mujer, con los ojos inundados en lágrimas.

Inés jamás había tenido la más mínima intención de comprometerse en aquella tarea a la que su madre dedicaba horas enteras, día tras día, desde que ella tenía uso de razón. Pero con aquel gesto, la última señal de amor que podía regalarle, había quedado atada para siempre.

Inés habría hecho cualquier cosa por arrancar una última sonrisa del rostro de dolor de su madre, por dar un último aliento a la

mujer que agonizaba en la UCI del hospital. Incluso una promesa como aquella.

—Venga, mamá, aguanta. ¡Verás cómo también vas a salir de esta!

—No, hija mía, no. Quiero que la muerte me lleve, que ya no soporto este dolor.

—¡Mamá, no digas eso!

Inés se había aferrado a las manos de la enferma, notando el tacto febril de unos dedos tan hinchados que resultaba difícil adivinar su forma original.

El rostro escondido tras el respirador también estaba deformado por la máscara de un intenso sufrimiento.

—No puedo más —se quejó Carmen por enésima vez. Pero sus palabras se perdieron en el silbido de la máquina que la mantenía conectada a la vida.

La hija se inclinó sobre el lecho, buscando un motivo extraordinario que ayudase a la madre a soportar lo insoportable.

Y ahora, después de negarse tantas y tantas veces, su subconsciente la traicionó.

—Venga, mamá... Vas a ponerte bien porque tenemos que escribir tus memorias. Y eso nos va a llevar un tiempo, así que... —trató de sonreír.

La mirada de la madre reflejó su sorpresa.

—Inés... yo...

La hija volvió a acariciarle las manos, en otro momento tan semejantes a las suyas. Al parecido físico había que añadir aquella testarudez congénita que, defecto o virtud, ambas compartían.

—Venga, mamá, ¿no era eso lo que querías? No sé de dónde voy a sacar tiempo, pero... Venga, lo haré —claudicó.

Carmen había respirado hondo, como si aquellas palabras le quitasen un enorme peso de encima.

De repente, parecía más serena.

—Está todo en mis cuadernos. Vete a buscarlos a casa —le pidió entonces.

—Sí, claro, mamá. Cuando te pongas bien.

Pero eso no llegó a suceder nunca.

Ahora Inés era la heredera universal de aquella Caja de las Memorias.

La mujer reconoció su propia letra en la cubierta azul del primer cuaderno: «Recuerdos vida mamá». Aquellas tres palabras de trazo irregular destacaban entre los dibujos con los que, siendo niña, Inés había dejado su huella indeleble sobre el cartón.

La memoria le devolvió la imagen de su madre, treinta años más joven, escribiendo, escribiendo, escribiendo sobre la mesa de la cocina.

Inés se sentaba a su lado para hacer las tareas del colegio mientras los pequeños de la casa, moviéndose sin parar, llenaban de barullo infantil todo el espacio que quedaba disponible a su alrededor.

- ¡Mamá, Francisco me pegó!
- ¡Miguel me cogió la plastilina!
- ¡La plastilina es mía!
- ¡Eso es mentira!
- ¡Mamá!

Solo ahora, transcurridas varias décadas, Inés podía entender la dimensión heroica de los cuadernos de su madre.

Otra cuestión sería armarse de valor para enfrentarse a ellos. «Nunca debí prometérselo».

Aunque llamar «cuaderno» a aquellas cuatro hojas manuscritas con tinta azul...

No es fácil escribir estas líneas sin que asomen las lágrimas a mis ojos, recordando los malos momentos vividos hasta alcanzar mi mayoría de edad y poder escapar del infierno.

Este es el relato de una huérfana a la que le ha tocado luchar por la supervivencia, un pequeño gran drama que sucedió en los tiempos duros de una España recién salida de una guerra civil.

En aquel tiempo muchas familias perdieron todo lo que tenían, algunos incluso la vida, mientras otras hacían mucho dinero. Para prosperar, algunos de esos nuevos ricos sin escrúpulos ni cultura no dudaron en aprovecharse de personas inocentes y desvalidas como yo.

Inés fijó la mirada en la caligrafía conocida, como si así pudiese evadirse de la realidad y revivir a la madre ya ausente para siempre. Necesitaba hacerlo para comprender lo que estaba leyendo.

Mis primeros recuerdos son los de una infancia feliz... aunque mi padre, que era carpintero, había muerto cuando yo tenía cinco meses.

Nací en el viejo corazón marinero de Viveiro, en una casita de piedra de la calle Díaz Freijo que tiene dos pisos y desván. Mi mamá, el abuelito Manuel, la tía Ramona y yo vivíamos en el primero.

Por aquel entonces, mi madre trabajaba en el hotel del pueblo como jefa de cocina, y el abuelito, que era sastre de primera, cosía para los señoritos de Madrid. A los veraneantes les sentaba tan bien su ropa que le pusieron el apodo de Tapa Jorobas.

Ramona, la hermana de mamá, había sufrido una meningitis cuando era jovencita y no estaba muy bien de la cabeza. Hacía algunas cosas raras, pero yo la quería mucho.

Sobre nuestra casa, en el segundo piso, vivían los Chiruletas. Era una gente tan buena conmigo que yo siempre los he considerado mi segunda familia.

Una de las hijas de la señora Dorila y del señor Manuel, que tenía trece años cuando yo nací, quiso ser mi madrina. Por eso me pusieron su mismo nombre, Carmen, cuando me bautizaron.

La mujer se acomodó en la silla, recordando que su madre nunca les había dado una oportunidad real de leer sus cuadernos.

Décadas atrás, una pequeña Inés había pintado los garabatos que decoraban la desgastada cubierta. Aquel día recibió un ejemplar castigo y no había vuelto a tocarlos nunca.

«Pues ahora son todos tuyos», le pareció escuchar la característica voz materna.

La letra inconfundible de Carmiña ocupaba decenas de páginas.

Su hija revisó párrafos sueltos aquí y allá, buscando una chispa que prendiese su interés. Pero aquel texto manuscrito, redactado con nocturnidad y paciencia sobre el mantel de hule de la mesa de la cocina familiar, distaba mucho de animarla a emprender un nuevo proyecto literario.

«Todas las madres del mundo tienen una historia que contar. ¿A quién podría interesarle esta?».

La propia Carmiña resumía su juventud con aquellas frases que, repetidas mil veces a sus hijos como reproche, habían llegado a perder todo su valor.

—Vosotros no sabéis lo duro que es perder a vuestra madre. No os podéis ni imaginar los sacrificios que he tenido que pasar en mi vida.

Inés hizo memoria y se percató de que, excepto cuatro pinceladas borrosas —había sido maestra en un colegio de Venezuela, tras pasar por un internado de monjas de Cataluña. Enferma, había regresado a España para operarse del corazón. Contratada como institutriz de los hijos de un militar de la guardia personal del dictador Franco, en El Pardo, había conocido al que sería su marido y padre de sus hijos en la academia en la que él preparaba unas oposiciones. Y desde entonces...—, apenas sabía nada del pasado, infancia ni juventud de la mujer que le había dado el ser.

«Este es el relato de una huérfana a la que le ha tocado luchar por la supervivencia», leyó de nuevo.

Entonces, armándose de valor, se sumergió en el primer cuaderno de su madre, un manojo de hojas manuscritas sujetas con una espiral metálica y con cubiertas de cartulina azul.

El cuaderno azul

Al terminar la guerra hay mucho odio entre los vecinos. Los unos desconfían de los otros y toda la gente sospecha de los demás. Pero mi madre, que es la mujer más valiente del mundo, no tiene ningún miedo.

El primer recuerdo que viene a mi memoria es el de un día en que mamá se junta con dos amigas del barrio y las tres van a liberar a un hombre que tienen preso.

—¡Es una injusticia!

Yo, aunque solo tengo tres años, recuerdo bien lo que sucede porque voy agarrada a las faldas de mamá, corriendo tras ella, y lo veo todo.

Entre mi madre, su amiga Josefa, que es carnicera en la plaza, y la mujer del carpintero que estuvo escapado con mi padre, cogen el tronco de un árbol y marchan hacia el antiguo convento de San Francisco. Cruzamos el puente de madera que atraviesa el río y subimos las escaleras de la iglesia.

—Han convertido el claustro en cárcel. ¡Lo tienen encerrado allí!

Nos dirigimos al portón de madera maciza del edificio, que entre las tres golpean con fuerza, tratando de echarlo abajo.

Para entrar en el claustro, donde están los detenidos, todavía hemos de cruzar otra puerta con rejas. Allí meten a los presos por un tiempo corto, hasta que son juzgados por el tribunal instalado en el piso superior. Después, los trasladan a cumplir las penas a la capital.

Cada vez que golpean la puerta, parece que voy a salir volando como el tronco. Las amigas de mamá tratan de apartarme.

—¡Carmiña, marcha de aquí!

—¡Te vas a lastimar!

Pero yo no me suelto de mi madre en ningún momento. Me aferro con todas mis fuerzas a su mandil, a su chaqueta, a la falda de su vestido...

El escándalo hace que acuda el hombre que lleva la comida a los presos.

—¡No sigáis golpeando la puerta, que no os va a servir de nada! —advierde, bajando las escaleras del primer piso—. Don Néstor saldrá mañana.

—¿Lo van a liberar?

—Tenemos orden de soltarlo al mediodía.

Las amigas de mi madre se miran entre ellas, decidiendo qué hacer.

Tras el carcelero aparece ahora una mujer.

—Mira que intentar echar la puerta abajo a golpes... ¡Sois unas exageradas! Volved a vuestras casas, que aquí ya no tenéis nada que pintar.

Mamá deja el tronco a sus compañeras y me alza en su regazo. Yo soy la única niña que hay allí. A pesar del escándalo que montamos, no acude nadie más. La gente tiene miedo y se queda en sus casas.

Pero mi madre y sus amigas parecen muy enfadadas.

—¿Piensan que nos vamos a marchar así, por las buenas?

Están furiosas.

—Nosotras no nos conformamos con promesas de gente sin palabra.

Su amenaza de derribar la puerta va muy en serio.

—Si no lo ponen en libertad, ya buscaremos la forma de sacar a don Néstor.

El señor de la cárcel habla un momento con mi madre y después nos vamos.

En cuanto llegamos a casa, corro a contarle a mi abuelito todo lo sucedido. Estoy deseando saber quién es el hombre al que metieron preso, qué motivo tenían para encerrarlo y por qué mi madre, como sus amigas, quiere que esté en la calle.

Pero el abuelito no se pone nada contento con la noticia.

Por el contrario, se enfada muchísimo. Esa noche, desde mi habitación, puedo oír cómo regaña a mi madre y le afea la conducta. Le dice que eso es «cosa de rameras».

—Yo sé muy bien lo que hago —le responde mamá.

Al día siguiente, cuando llega la hora de soltar al hombre que tenían preso en San Francisco, se junta mucha gente en la plaza Mayor.

Mi madre me lleva en el regazo, y yo, asustada, me abrazo a ella con todas mis fuerzas. Para observar mejor, mamá se aparta de la puerta y va a apoyarse contra una pared, al lado del ayuntamiento.

Desde aquí puedo ver cómo llegan dos hombres, uno de ellos el carcelero, y después entran juntos en la casa. Todo el mundo mira hacia arriba y muchos gritan el nombre del prisionero.

—¡Queremos ver a don Néstor!

—¡Suelten a don Néstor!

El segundo hombre sale al balcón y saluda haciendo el gesto de la victoria. La gente reunida en la plaza empieza a entrar en el edificio.

Mamá no sube. Me abraza fuerte en su regazo y me da un beso.

—Venga, regresemos a casa.

Una de las señoras con las que fuimos ayer a derribar la puerta de la cárcel se percata de que estamos a punto de marcharnos.

—¿Adónde vas, Paquita? ¡Sube con nosotras!

Mamá vuelve a su lado y entran juntas. Un señor que yo no conozco baja las escaleras para abrazar a mi madre y me besa en la frente.

A los pocos días, el abuelito nos manda a pasar una temporada fuera de Viveiro.

—Aquí estáis en peligro —oigo que le dice a mamá.

Cogemos el coche de línea y viajamos lejos.

El sitio al que vamos es un lugar hermoso, muy próximo al mar. Mamá me lleva a jugar a la playa, corremos juntas por la arena y nos metemos en el agua. A veces, cuando cree que no la veo, fija la mirada en el horizonte.

Me gustaría saber qué piensa.

En la casa donde vivimos estos días nos tratan bien. ¿Será de la familia?

—Yo nací en esta aldea —me descubre mamá.

La tía Ramona, que se quedó en casa, también es natural de este lugar. Como su madre, la abuelita Juana, a la que yo nunca conocí.

Un buen día, cogemos un autobús y regresamos a Viveiro. El abuelito se pone muy contento.

—¡Ven aquí, Carmiña! —me abraza—. ¡Ya os estaba echando de menos!

Desde entonces, nunca vuelve a discutir con mamá.

¿Quién sería...?

Inés apoyó el cuaderno azul sobre la mesa. El primer cuaderno del tesoro.

Absorta en su lectura, aquellas pocas páginas habían conseguido hacerla viajar en el tiempo. La historia de su madre empezaba con un extraño episodio de la posguerra que algún día tendría que investigar.

Escapados, presos, miedo a las represalias...

De la Guerra Civil y de la represión vivida durante el franquismo nunca se había hablado en casa de sus padres.

«¿Quién sería este don Néstor al que mi abuela Paquita quiso liberar de la cárcel?».

La escritora, que en otro tiempo había ejercido como periodista, no tendría dificultad para encontrar fuentes de información en las que realizar sus pesquisas: archivos oficiales, investigadores de la memoria histórica...

Alguien tenía que saber algo de lo acontecido en Viveiro durante la Guerra Civil y la dura época que le sucedió.

«Cuando leas todo esto, tendrás que corroborar los detalles».

Una taza de café, fuego en la chimenea, los cuadernos de su madre y el proyecto de una nueva novela por escribir... No existía mejor plan para una tarde de invierno como aquella.

Inés acarició las hojas del cuaderno azul y regresó a la lectura, dispuesta a recoger aquel legado como si fuese el tesoro más hermoso que nadie pudiese recibir.

Y el ruido de la lluvia que repiqueteaba en los cristales se confundió con el crepitar de la lumbre.

Juegos de infancia

Para mi abuelo Manuel los domingos son sagrados, así que no baja al taller de costura. Por la mañana, mamá prepara mi baño y me viste con la ropa de los festivos.

—Te voy a poner guapa, para que acompañes al abuelito a oír la santa misa.

La parroquia está en una calle paralela a nuestra casa. Nosotros siempre asistimos a los oficios de las once de la mañana. Mi madre va a otra hora.

Después de comer, el abuelito acostumbra a llevarme de paseo hasta Pe de Boi, donde hay un bosque con muchos árboles. Siempre coincidimos con otros conocidos suyos que salen a caminar con las nietas.

—¡Buenas tardes tenga usted, don Manuel!

—Buenas tardes, pequeña.

En agosto vienen otros abuelos madrileños, amigos suyos, que veranean aquí.

Aunque los mayores se enfadan, porque no es cosa de niñas, nosotras jugamos a tirarnos semillas de eucaliptos. Uno de los viejos nos enseña a confeccionar vestidos y gorros de indios con hojas de pino y castaño.

—En mi época de chaval, cuando veníamos al monte a hacer sardinadas, jugábamos así.

Mi abuelito siempre lleva consigo un vaso de porcelana. A mitad de camino hay una casa en la que podemos coger agua fres-

ca. Los dueños le han dado permiso para entrar en su propiedad, así que las niñas abrimos la cancilla y bajamos corriendo a beber a la fuente.

Mis amigas también llevan sus propios vasos y siempre acabamos jugando con el agua sobrante, mojándonos los pies.

El abuelo Manuel también me deja acompañarle cuando sale a buscar las hierbas que después regala a los médicos y farmacéuticos que vienen a Viveiro en el verano, y que son sus mejores clientes.

Esos señores le encargan los trajes a medida. Se los dejan pagados y después él se los manda por la RENFE, que es el medio más directo porque hay un despacho en el pueblo.

—Esta planta es árnica. Cógela así, con cuidado.

Yo le pregunto para qué quieren tantas hierbas.

—Son para hacer pomadas y jarabes que después venden en las farmacias de Madrid —me explica.

Al llegar a casa, las clasifica todas en manojos.

Al lado de la cocina tenemos un cuarto con una pared llena de clavos. Allí mi abuelito cuelga las hierbas a secar, metidas en saquitos de papel con sus nombres.

En esa misma habitación, sobre el suelo, tenemos las patatas pequeñas de siembra, la fruta, nueces y castañas. También guardamos los aperos y los barreños de zinc que utilizamos tanto para bañarnos como para hacer jabón.

Cuando les llevo a los amigos del abuelo las plantas ya secas, en cucuruchos de papel como los de los churros, acostumbran a darme alguna moneda de propina.

—Toma, Carmiña, para ti.

En mi casa tenemos agua caliente para lavar la loza y bañarnos.

Cuando empedraron mi calle, metieron por debajo unos caños para traer el agua a las casas. Nosotros tenemos un grifo dentro de nuestro portal, detrás de la puerta, pero hay otros edificios en los que han subido las tuberías hasta los pisos.

Aquellos vecinos que todavía no tienen agua de la traída, tienen que ir a buscarla a una fuente de tres caños que nace en la playa, entre unas piedras. La *fonte da Area* tiene un agua muy buena.

El agua se calienta con el fuego que mamá enciende cada mañana.

Para eso tiene que cargar la cocina económica con serrín, que trae en sacos desde uno de los aserraderos que hay en el pueblo. Echamos agua fría en el depósito de hierro de la cocina y después, cuando hace falta, abrimos el grifo que tiene a un lado y la sacamos caliente.

—Ten cuidado, Carmiña, no te quemes.

En el fondo, sobre la reja, pone un papel de periódico para que el serrín no se caiga, y en el medio coloca una botella de vidrio. Después echa el serrín con una pequeña pala de hierro, calcándolo alrededor de la botella.

Cuando está bien ajustado, saca la botella y mete en su lugar una piña prendida con fuego. Luego echa unos tacos de madera y cierra los aros de la cocina. Ahora ya se puede cocinar toda clase de comida, calentar toda la casa y tener agua caliente.

Algunas veces mamá prepara galletas en el horno, con la nata de varios días que saca de la leche que nos trae el casero de sus vacas. En mi casa comemos mucho pescado, pero en las fiestas asa un pollo que va a comprar a la plaza.

Las mujeres de las aldeas vienen al mercado a vender conejos y pollos vivos, pedazos de manteca envueltos en hojas de berza y quesos artesanales.

Cuando hace empanada de pescado, mamá amasa en casa y después la cuece en el horno del señor Manuel, que está en la misma calle de la escuela.

A mi madre le gusta mucho cantar piezas de zarzuela. Las aprende escuchando los discos que ponen en los *picús* de las casas en las que trabaja, enseñando a cocinar y haciendo comidas.

*Por el mismo rey del moro
no me cambiara yo,
que no tengo ná y lo tengo tó...*

Nosotros también tenemos un aparato del que sale música y en el que se escucha hablar a gente. Al parecer, nos lo ha traído un familiar de América.

Esa especie de armario pequeño se llama radio. Es de madera, muy bonito, y tiene unas cosas redondas que dan vueltas. Girándolas, se pueden elegir la música o las noticias que se quiera escuchar.

Mamá acostumbra a poner Radio Pirenaica: «Aquí Radio España Independiente, Estación Pirenaica. Continuamos la retransmisión de...».

Yo nunca voy al cementerio, pero la señora Josefa, la carnicera que es amiga de mamá, tiene una finca cerca del camposanto. Cuando pasamos por delante, para ir a su huerta, mamá se persigna y reza por todos.

—Padre nuestro, que estás en el cielo...

La señora Josefa tiene un hijo que trabaja como dependiente en una tienda de ultramarinos, que muchas veces me regala galletas, y otro que toca en la banda de música.

También tiene una hija, Lucita, que no es buena como sus hermanos.

Mi madre va mucho a casa de su amiga y a veces me lleva con ella.

En la cuadra que hay en el bajo de su vivienda, la señora Josefa cría los terneros para sacrificar en el matadero. En ese cubil también hace sus necesidades la familia.

—¡No entres ahí, Carmiña, que puede pisarte una vaca!

La cocina, que está en el primer piso, tiene un boquete en el suelo de madera por el que echan los restos de comida y otras basuras a la cuadra. Como yo soy pequeñita, la señora Josefa me enseña a utilizar este agujero como retrete.

—Cuando tengas pis o caca, hazlo aquí —me explica, levantando la trampilla.

Un día, cuando estoy haciendo cacas en ese orificio de la cocina, aparece su hija y, sin motivo, me alza en el aire y me pega en el culo.

En cuanto alcanzo a pisar el suelo, me agarro las bragas y salgo corriendo.

—¡Mala!

Asustada, busco refugio en el cuarto en el que Pepe ensaya con la trompeta.

—¿Qué te pasa, Carmiña?

Temblando, me lanzo a los brazos del músico.

—Venga, venga... —me consuela—, no llores.

No puedo hablar. Tengo muchísimo miedo. Nadie me había mirado nunca de esa forma tan fea. Temo tanto que Lucita vuelva a hacerme daño, que no me atrevo a contárselo a nadie.

Desde que la hija de la carnicera me pega, yo ya no me quiero quedar en su casa cuando mi madre va a visitar a la señora Josefa.

—¡Mamá, salgo a jugar a la calle!

Muy cerca hay un río que pasa por el molino de un familiar de mi difunto padre, al que nunca vamos a moler, y más arriba hay un lavadero.

Las mujeres van a hacer la colada y a mí me gusta saltar y atrapar todo lo que llevan las corrientes. Eso sí, tengo que tener mucho cuidado de no mojar los pies y estar pendiente de oír a mi madre cuando llama por mí.

—¡Carmiña!

A finales de mayo, cuando cumpla los cuatro años, en la casa en la que está trabajando mamá me hacen un pastel. Después de comer, se reparte entre todos y a mí me ponen un pedazo muy, muy grande.

—¿Pueden darme más? Quiero llevar un poquito a mi tía Ramona y a mi abuelito Manuel, que se quedaron en casa.

Una tarde, mientras juego en la calle con otras niñas, veo cómo mi madre sale corriendo de casa, con una vecina del barrio.

—¡Ha aparecido una mujer muerta en una finca! —comenta la gente.

Resulta ser la señora Josefa.

—Ha debido de darle un ataque —murmuran en la calle.

Todas las mañanas iba a su huerta a recoger verdura para las vacas, pero hoy no regresó para preparar el almuerzo. Extrañada por la tardanza de su amiga, mi madre va con otra vecina a su encuentro.

Cuando cae la noche, todavía no ha regresado.

—¿Me acompañas a buscar a mamá? —pido a la amiga con la que estoy jugando en la calle.

De camino escuchamos los primeros gritos y, sin pedir permiso, entramos en la vivienda de la carnicera.

Los niños, antes de entrar en una casa ajena, tenemos siempre que preguntar «¿Da usted su permiso?» a una persona mayor. Pero hoy no lo hacemos.

Allí nos encontramos con un señor de bata blanca.

Mi madre, llorando, abraza a una mujer que se parece a la señora Josefa, pero que está muy tiesa y pálida.

—¡Lleved a Carmiña fuera! —grita al verme en la habitación.

Otra mujer me coge de la mano y, junto con mi amiguita, nos acompaña escaleras abajo.

—No podéis estar aquí —advierte—. Es mejor que os vayáis a vuestras casas.

—¿Qué le ha pasado? —quiero saber.

—Se ha marchado al cielo, como tu papá.

Mi amiga y yo salimos corriendo como almas que lleva el diablo.

Yo subo directamente a casa de mi madrina para darle la noticia a sus padres.

—¡La señora Josefa ha aparecido tirada en su finca!

—¡Está muerta!

Dorila, la madre de mi madrina, ya lo sabe.

—Tu madre y su amiga llamaron al médico cuando la encontraron, pero don Néstor ya no pudo hacer nada para salvarla.

Esta noche mamá llegará muy tarde. Es Dorila quien prepara la cena para la tía Ramona y para mí.

Los padres de mi madrina trabajan en el muelle, con el pescado. El señor Manuel lo hace metido en una caseta, desde la que controla las entradas y salidas de mercancías del puerto.

El hombre se levanta a medianoche para estar en su puesto de trabajo antes del alba. En el bolsillo de la chaqueta lleva siempre un frasco de aguardiente del Ribeiro.

—¡En las noches de guardia me hace buena falta para combatir el frío!

Dorila prefiere tomar una copa de anís y chocolate, que es lo que acostumbran a beber las mujeres.

A partir de su muerte, ya no volvemos nunca a visitar la casa de la señora Josefa ni a su familia.

6

Dudas

«Curioso, muy curioso».

«CInés releyó las últimas líneas del texto, sorprendida del nivel de detalle con el que su madre describía la vida cotidiana de su infancia en aquellas hojas manuscritas que le había dejado en herencia. Con qué facilidad daba cuenta de las cosas de la vida y de la muerte, de las muertes y vidas de las que había sido testigo.

«Una copa de anís y chocolate...».

Admiraba también la naturalidad de aquellos comentarios de Carmen, mezclados con la noticia del fallecimiento de la amiga de su abuela Paquita.

«... Ya no volvemos nunca a visitar la casa de la señora Josefa ni a su familia».

Pero aquellos cuadernos manuscritos, por mucho interés que Inés pusiese en transformarlos en novela, no tenían trazas de dar mucho de sí.

La referencia a los juegos infantiles le resultó curiosa.

«¿Te imaginas a los chavales de hoy en día, fabricándose trajes de indio con hojas de castaño?».

Inés descartó la idea de inmediato.

«Los niños de hoy viven en un universo diferente».

En cualquier caso, las anotaciones de Carmiña podían estar muy bien para documentar un trabajo etnográfico sobre la vida en Galicia en el tiempo de la posguerra.

«Venga, tienes que darle una oportunidad. Pueden servirte de inspiración».

Reflexionando sobre sus posibilidades, Inés cerró la Caja de las Memorias.

«Ya seguirás mañana», decidió por fin.